

¿Vamos hacia un nuevo 98?

LAS últimas semanas hemos sufrido un granizo intenso de cifras y noticias que, en la situación que vive España, ha acentuado la sensación de crisis, acercándola a la de CAOS en algunos aspectos sociales.

No queremos en estos párrafos analizar si existe o no realmente ese caos, sino reflexionar qué razones hay para esa sensación. Hemos de diferenciar entre la realidad que vive el país y la «realidad virtual» o la percepción pública que capta la sociedad de la realidad. Esa realidad virtual es construida socialmente por los diferentes actores a través, sobre todo, de los medios de comunicación y por ello es altamente manipulable. Podemos afirmar que hay una cierta percepción pública de caos económico y crisis política, y en esa realidad virtual influyen muchos factores. Por otra parte, esa sensación se ha visto agudizada por el contraste paradójico con el optimismo del año 92. Esta apariencia de ruina puede hacer pensar no tanto en una España del 92 triunfante, como en un nuevo «Desastre» como el de la España de hace un siglo, la España de un 98 que sumió a toda una generación en la decepción, pero también suscitó un impulso hacia la regeneración del país.

Sensaciones para un caos

VENIMOS asistiendo a un creciente pesimismo económico que, lejos de producir una reflexión y

reacción constructiva, paraliza hacia el pesimismo. Esta incertidumbre se agrava por el descrédito de las autoridades ante la gran cantidad de predicciones sistemáticamente incumplidas y por el aplazamiento constante del ya famoso «estamos tocando fondo». Los ciudadanos no confían y hay una ignorancia angustiosa sobre la gravedad de la crisis y cómo afectará a la vida de cada cual y los suyos. La crisis aguda de las grandes industrias contribuye a agrandar un complejo de pérdida. Los otros sectores económicos no son tampoco fuente de esperanza: se aproxima una dura reconversión en el sector servicios y la agricultura se ha descapitalizado. Por otra parte, el cotidiano «fraude que no cesa» produce una sensación de impunidad de los poderosos y de desconfianza hacia los políticos. Y, en fin, el «secretismo monclovita» entre González y Aznar no contribuye a tranquilizar a la ciudadanía.

DOS crisis globales multiplican cualitativamente la sensación de caos: la internacional y la del modelo de Estado de Bienestar. La crisis internacional explica parte de la crisis española, que además es más aguda que en su entorno: la estructura económica española ha sufrido más y le va a costar más recuperarse.

Por otra parte, la crisis del modelo de sociedad con el derrumbe del Estado de Bienestar marcan el final de una época en la que no existen utopías, se dice. «Es el fin de la Historia», según algún sociólogo apocalíptico. Las cifras, incomprensibles para la mayoría de la población establecen la dictadura de las leyes matemáticas de mercado: en cuestiones económicas, principal fuente de caos, parecemos encerrados en una «jaula del algoritmo» que nos dice que la crisis no es una cuestión socio-política, sino técnica. Por el contrario, Juan Pablo II ha dicho: «Los principales obstáculos para resolver la pobreza no son ya técnicos, sino morales».

El malestar se ve agravado por el tránsito en apenas dos años del optimismo total a la crisis caótica en una fase de gran cambio que la sociedad española ha vivido en su proceso de modernización de los últimos veinte años. La

opinión pública no está hecha a transformaciones tan rápidas.

España necesita autoestima

TODOS estos factores influyen poderosamente en la formación de la realidad social, engañoso proceso de mayor gravedad que su propio resultado. La opinión pública es utilizada por los diferentes agentes sociales como un instrumento de presión política. Estos agentes, en sus mensajes a la opinión pública, plantean radicalizaciones como amenazas para disuadir al otro. Los límites de esta presión comienzan a ser preocupantes y no sabemos si legítimos. La incapacidad de la sociedad para controlar la sensación de caos se aumenta a causa de la invertebración de la sociedad civil española que carece tanto de suficientes asociaciones eficaces en la construcción de una ciudadanía, como de una tradición de afiliación. Los países dotados de comunidades cívicas estructuradas crean otros procesos de comunicación menos sujetos a la variación emocional colectiva. La construcción de la realidad social debería generarse mucho más desde las asociaciones, pero somos una «sociedad de telecreyentes» más que una «sociedad de comunidades».

Cualquier sociedad necesita una imagen colectiva de sí misma para sobrevivir como tal sociedad porque, en gran parte, un pueblo es lo que cree ser. Y no sólo sirve para orientar a los ciudadanos sino que es muy importante para la economía ya que la lógica mercantil cuenta con la confianza, su primera columna a la hora de definir las inversiones y la producción como podemos ver en los fenómenos bursátiles. Los medios de comunicación son los principales constructores de la «realidad social»: una realidad pública que es virtual y que, por ello, está más sujeta al peligro de caos acelerado. Pero hay otros constructores de la imagen de España, es decir, de su identidad social: agentes socio-culturales, económicos, los cuerpos del Estado, el gobierno y el Jefe de Estado. La Corona ha tenido intervenciones clave en momentos graves en

España, como fue el 23-F, y supuso el principal constructor de certidumbre. ¿La sensación actual de caos puede estar también ahora demandando una orientación por parte del Rey?

Esta desestructuración de la identidad de España incide especialmente en los jóvenes que, además, constituyen la generación más numerosa de toda la Historia de España: la que ha entrado en el mercado de trabajo desde mediados de los años ochenta. Una generación que llegaba a su ciudadanía animada por la bonanza económica. A su actual frustración económica y política hay que sumar la escasa autoestima de los españoles hacia España, especialmente intensa en los jóvenes. Decir «patria» es tabú en España seguramente por los excesos patriotericos anteriores. Al contrario que en Francia o Estados Unidos, nuestros jóvenes son «generaciones sin patria», lo que incide directamente en su capacidad para aunarse en un proyecto de regeneración colectiva, de construcción común («O salimos juntos o no salimos», repiten los ministros) que sólo podemos lograr con una identidad y autoestima comunitaria.

El espíritu del 92 y el espíritu del 98

LA gran paradoja salta cuando introducimos en la reflexión el año 1992. El año 1992 fue diseñado como un año con vocación de generación, el «año-insignia» que simbolizara la España demócrata finisecular.

Un año en el que coincidieron el Quinto Centenario, la Expo '92, los Juegos Olímpicos, la capitalidad europea de la cultura en Madrid, el «AVE» e incluso el décimo aniversario de la victoria electoral del PSOE. El año 1992 se presumía como el «Año de gracia» que resolviera el problema español condensado en el atraso secular frente a Occidente. El 92 se conjuró como un banquete de boda entre España y la Modernidad. Sus indudables éxitos contribuyeron a que fuera el culmen de una década de crecimiento y optimismo, de una «cultura del pelotazo» que no previno la crisis tan aguda que ahora sufrimos.

La decepción del 92 tiene su símbolo en la llamada Puerta de Europa (más conocida como «las torres KIO») en la principal calle de negocios de Madrid. Estas torres inclinadas son símbolo del momento. De la España de «charanga y pandereta» a lo moderno, se ha pasado en pocos meses a una sensación de profunda crisis económica, política y social. Hoy esas torres se inclinan patéticamente inacabadas. La España finisecular, que quería tener como bandera el año 92, se ve ahora marcada por una honda crisis que recuerda más a la generación del «Desastre del 98».

EL espíritu del 98 catalizó toda una época de descontento a nivel económico, político y social. No podemos decir que estructuralmente fuera un año clave para el país. Pero el fracaso colonial lo hizo significativo. El 98 supuso un revulsivo para algunas capas de la sociedad que ya había empezado a moverse en el regeneracionismo de Ganivet y Costa. Estas elites buscaban un proyecto redentor para España. Pero las masas populares aunque no indiferentes a ese espíritu reformista, no supieron reaccionar.

No hubo pasotismo pero sí resignación. Los cambios se cocinaban en las cúpulas dirigentes sobre una España con una sociedad civil pobre y en ocasiones alienante. El regeneracionismo del 98 se preguntaba sobre España, sobre «la otra España» deseada, que, por otra parte, estaba lejos de la «España oficial» de los políticos. No podemos menos de contrastar sus analogías con la España actual, que sigue siendo, si no «triste», sí «zaragatera»...

Sin duda, el Espíritu del 92 está muerto y el Espíritu del 98 es ya sólo un fantasma de referencia. La sociedad española en las últimas décadas ha sido capaz de asumir todo un proceso de occidentalización a todos los niveles (demográfico, sanitario, político, cultural, cívico, religioso, educativo, etc.) y asume los principales retos sociales (ecologismo, feminismo, pacifismo, etc.) con cierta madurez. La «otra España» que se quiere clama por que, además de progresar en la democratización de nuestras instituciones públicas, España supere la crisis económica asumiendo los nuevos modelos que se están produciendo en el mundo (economía mundial, nuevo

estado de bienestar, etc.). Sin duda estamos en una bifurcación de la Historia de España donde podemos coger el tren o perderlo frente a los países de capitalismo avanzado. Pero también podemos perder el tren de la solidaridad con los países pobres del Sur.

CON espíritu del 92 debemos valorar justamente todo lo que España ha avanzado en estos años.

Con el espíritu del 98 debemos percibir las carencias estructurales e impulsar la regeneración pendiente. Pero para ello es indispensable que España tenga patria, una identidad comunitaria de autoestima que permita un «projectum». Y se tiene que asumir desde la ciudadanía, desde la sociedad civil, no únicamente desde las elites de poderosos e intelectuales. En este proyecto no es menos importante la realidad cierta que la realidad virtual, y por ello, en la formación de esa imagen colectiva, los agentes (especialmente los medios de comunicación) deben ser responsables para, sin dejar de ser realistas, inspirar la esperanza no ilusoria que es la que mueve al progreso.